

Coleman- el grupo de actores señaló que el director pedía que “no actuaran”, que no buscaran un conflicto, que dejaran que las acciones “sucedieran” y, de esta manera, construyeran vínculos; también, apuntaron que todas las situaciones no fueron inventadas en las improvisaciones.

Al igual que otros dramaturgos-directores, como Daniel Veronese, Tolcachir desarrolla la parte actoral prescindiendo de elementos escenográficos grandilocuentes. En una entrevista de Juan José Santillán y Ana Durán a Tolcachir, el dramaturgo apuntaba lo siguiente:

Nosotros estamos acostumbrados a ciertos códigos que no se discuten en el teatro. Veronese busca no ampararse en el recurso teatral. Fue algo que me sirvió mucho en *Los Coleman* para resolver, por ejemplo, el tema del hospital. Despojamos todo artificio de escenografía y quedó, puramente, lo mágico del teatro. En el caso de Veronese, no hizo la puesta de *Tres hermanas* para ver qué tan raro era sino que trató de buscar lo más fácil para la puesta. En *Los Coleman*, hicimos lo mismo. Hallar lo simple y despojado. Es un esfuerzo mayor porque se debe producir algo muy fuerte artísticamente para poder bancar [soportar] esa intensidad de escena (http://www.funambuloso.com.ar/todos_pierden.htm).

Como Veronese, Tolcachir despliega un estilo teatral que busca la “verdad” en las acciones de sus actores. Lo que logra es un equipo que muestra una perfecta unidad, en la que todos reflexionan sobre la verdad del teatro actual o las formas de representación. Finalizado el período de improvisación que duró muchos meses, Tolcachir se sentó a escribir la obra.

El texto se divide en dos actos; el segundo se subdivide en cuatro jornadas. No hay grandes cambios exteriores de iluminación ni de escenografía. El espacio escénico reproduce el apartamento que el propio director tiene en Buenos Aires, y que sirve tanto de escuela como de sala teatral. En el segundo acto, una parte del apartamento se “transforma” en sala de hospital -en realidad, la escenografía cambia con otros planos de luz y una cama de hospital- donde se encuentra internada la abuela, aunque el espectador sigue observando el mismo apartamento solo que, en esta ocasión, representa la habitación de una clínica.

La historia muestra a tres generaciones que conviven -por decirlo de alguna manera- en una casa donde la violencia funciona como único medio

de comunicación. La familia está formada por la abuela (Leonarda Coleman), la madre (Memé), dos hijos (Marito y Damián) y una de las dos hijas (Gabi) que viven en la misma casa. La otra hija (Verónica) nunca vivió con ellos, creció junto a su padre, está casada y tiene dos niños. Los cuatro hermanos no son hijos del mismo padre: por un lado, están Gabi y Damián; y, por otro, Marito y Verónica. Siendo rigurosos, los Coleman son solo tres: la abuela, la madre y Marito; Damián, Gabi y Verónica tienen otros apellidos. A través de la obra asistimos a furibundos enfrentamientos entre los miembros extravagantes de esta decadente familia de la clase media. Tras el fallecimiento de la abuela -figura central para mantener el orden en la familia- la situación se hace insostenible. Su desaparición produce la dispersión del grupo.

Acercarse a las diferentes lecturas de la crítica teatral especializada con respecto a este espectáculo resulta todo un ejercicio de selección. Es tal el material escrito con respecto a la puesta que, por un problema de espacio, solo nos limitaremos a transcribir parte de aquellos artículos que consideramos más pertinentes con el fin de darnos un panorama de cómo ha sido la recepción de esta obra. *La omisión de la familia Coleman*, como ya dijimos, se estrenó hacia finales de 2005. Juan José Santillán, en el diario Clarín (Buenos Aires), del 28 de noviembre de 2005, con el título de “La omisión de la familia Coleman de Claudio Tolcachir, es el retrato de un grupo de identidad trunca”, nos da una desgarradora descripción de la casa y de la familia que la habita:

La antesala para *La omisión de la familia Coleman*, escrita y dirigida por Claudio Tolcachir, es un largo pasillo en el barrio de Boedo. En el trayecto el tranco debe ser sigiloso para no perturbar a los vecinos. En el último PH, hay una habitación con gradas que rodean un living haraposo. Allí se instalan los personajes de un disfuncional trazado familiar con apellidos truncanos, padre ausente, madre aniñada, hijos retrasados, alcohólicos. En cada criatura, según el retrato de Tolcachir, se configura la microesfera de una identidad que no termina de derrumbar ni comprender la estructura de un linaje contrahecho (<http://www.clarin.com.diario/2005/11/28/espectaculos/c-00501.htm>).

Carolina Prieto, del diario *Página 12* de Buenos Aires, titula su reseña del 5 de diciembre de 2005, “La maldita familia. Un clan desqui-

ciado, entre el humor y el desamparo”, en la que señala que si bien la cartelera teatral 2005 estaba llegando a su fin, aún quedaban propuestas muy apetecibles para despedir el año, y *La omisión*...era una de ellas. Luego de hacer hincapié en esta “comedia dramática, arrasadora por la fuerza de los conflictos y la solidez de las interpretaciones”, describe a los personajes:

Los personajes en cuestión son una abuela agonizante (acaso la más lúcida del grupo, pero cómplice al fin), su hija Memé, totalmente inmadura y madre, aunque no lo parezca, de cuatro jóvenes: uno marginal y violento, un *freak* perturbado, una acelerada que ‘ascendió’ a través del matrimonio y otra que se las rebusca dignamente cosiendo ropa. Sentados en gradas, los espectadores enfrentan el living con ventanales al patio y al baño, donde también sucede la acción. (<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2675-2005-12-05.html>).

En el diario *La Prensa* (Buenos Aires), Juan Carlos Fontana, con el título de “El absurdo y un nuevo grotesco definen ‘La omisión de la familia Coleman’”, señala que cuando la mentira, la ‘omisión’ o la negación de los hechos se instalan en una familia, es muy difícil erradicarla; y en el hogar de los Coleman eso es lo que sucede. Compara lo que les pasa a los miembros de esta familia con lo que ocurre en Argentina: “El vivir de la caridad del otro es un tema caro a la sociedad argentina y los Coleman reflejan ese dato de una manera corrosiva, absurda, con impunidad y afán de llamar la atención. Hay en los Coleman una divertidísima cuota de exhibicionismo, de sostener un ‘glamour’ decadente, barrial, ese es uno de los aciertos del director Claudio Tolcachir”. Describe el apartamento donde tiene lugar la función y a los miembros de la familia, en la que sobrevuelan desde el incesto hasta el adulterio. Hace alusión a un problema estructural de la obra al indicar que los diálogos se apoyan más en los recursos actorales que en su dramaturgia, “a la que por momentos le falta una mayor solidez estructural”. Señala, también, que la pieza hereda en parte la tradición de esas familias teatrales argentinas, por las que se filtra un estilo grotesco y absurdo que invita a la risa: “Sin embargo, detrás de esa fachada se esconde la miseria y el temor típico de aquellos que no quieren ser abandonados”. Y finaliza: “Claudio Tolcachir diseñó una estética de la pobreza y la decadencia mediante un entramado de sólidos recursos escénicos. De-

finió claramente las particularidades de cada personaje y permitió el lucimiento de su magnífico equipo de actores” (<http://www.laprensa.com.ar>).

Con el título de “La lección de Tolcachir (y familia)”, y un subtítulo, “*La omisión de la familia Coleman* es una auténtica fiesta escénica. El joven director argentino la creó a partir de las experiencias de la escuela de actores que montó en su casa” (22), el crítico español del diario *El País*, Marcos Ordóñez, le dedica una página entera (foto incluida), a la puesta en escena de la obra. Se trata de un crítico que, en esta misma sección, ha hecho reseñas muy elogiosas de obras de autores como Pavlovsky, Daulte o Veronese. Comienza haciendo referencia a que si bien la pieza había estado en otras oportunidades en Madrid, en esta ocasión, había podido verla. Al mismo tiempo, describe los inicios de la puesta, las giras emprendidas, a la vez que relaciona al autor con otros dramaturgos de su generación:

El sábado [...] salvé la velada gracias a Claudio Tolcachir y *La omisión de la familia Coleman*. Me la había perdido dos veces, en Temporada Alta y en el anterior Festival de Otoño, y felizmente he podido pillarla en la sala pequeña del Español, porque es una auténtica fiesta teatral y una lección para estos tiempos de crisis. Tolcachir tiene treinta y pocos años. Es, por así decirlo, el benjamín de la formidable generación de Daulte, Spregelburd y Tantanián. [...] Harto de llamar a las puertas de siempre, Tolcachir convirtió su casa en escenario. Y en escuela. Una escuela de actores, cuentan, sin horarios, sin apertura ni cierre: se estudiaba por la noche o de madrugada, cuando todos se habían liberado de sus quehaceres alimenticios. Así nació *Timbre 4*, en Boedo 640, en un piso grande y destartado, al final del pasillo de una casa de vecindad. Durante meses Tolcachir y sus alumnos se impusieron la dura pero gozosa tarea de construir el retorcido árbol genealógico de la familia Coleman y de ese modo brotó su primera obra dramática, una pieza de una apabullante madurez. Crearon la familia y vivieron como familia, y en aquel piso se estrenó, en agosto de 2005, para convertirse en un fenómeno teatral: cincuenta personas por sesión, apiñadas en el comedor, durante cuatro años. *La omisión de la familia Coleman* se llevó todos los premios de Buenos Aires, y giró por media Suramérica y fue a Nueva York, y a Miami, y recaló en Cádiz, en Almagro, en Girona, en Madrid, siempre con críticas ditirámicas (22).

El crítico hace un detallado análisis de la puesta, en general, y de los personajes, en particular, para concluir:

Y todos los códigos, todos los apriorismos saltan por los aires ante el extraordinario personaje de Marito, el que más sufre y el que más ve a través de la locura, cumpliendo una función similar a la de Leopoldo María Panero en *El desencanto* (y en la vida). El tapiz argumental es muy denso, pero en ningún momento da la impresión de recargamiento, ni siquiera cuando recurre a las duplicidades simbólicas (los dos padres ausentes, los dos mellizos, los dos amantes, los dos hijos pequeños de Vero), gracias a unos diálogos elípticos pero en constante efervescencia, y, desde luego, a un equipo de intérpretes que cortan el hipo, maravillosamente dirigidos por el propio autor. Por cierto: Tolcachir acaba de estrenar en Buenos Aires su nueva obra, *Tercer cuerpo*. Ya estamos tardando en verla, señores (22).

“Familias disfuncionales” es el título de la reseña de Javier Miranda, en el *Diario de Cádiz*, en la que comienza haciendo una comparación entre una obra de Spregelburd y la de Tolcachir:

Hace unos años, el argentino Rafael Spregelburd presentó en *Cádiz* uno de los espectáculos mejores vistos en la historia del FIT. Se trataba de *La estupidez*, una peculiar traslación del mundo del realismo sucio norteamericano a la escena, llena de ritmo, agilidad, absurdo grotesco y humor corrosivo. Viendo *La omisión de la familia Coleman*, primera de las dos aportaciones argentinas a esta edición, [se refiere a la XXII edición del Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz del 2007] es imposible no recordar aquella obra. Tal vez en el país rioplatense haya una línea en este sentido que resulta de lo más estimulante (58).

Luego de hacer un análisis sobre los personajes de la obra y la puesta en escena finaliza:

Todo ello está contado con soltura, agilidad y un afán de conseguir realismo que lleva a violar alguna de las reglas no escritas del arte teatral, como pisarse los diálogos, y con esa pasmosa habilidad de los actores argentinos para actuar como si no pasasen por allí. Y recorrido por un humor sarcástico bien ejemplificado en ese hijo que lo ve todo negro siempre. Aunque en su caso acaba siendo una sombría premonición (58).

En cuanto a algunas de las reseñas aparecidas en revistas especializadas, mencionamos solo un par de ellas: la de José Luis Ramos Escobar, en la revista *Gestos*, y la de Adriana Libonati, en *Teatro XXI*. Ramos Escobar analiza, en su artículo “*La omisión de la familia Coleman: implosión magistral*”, la representación de la obra. Establece la relación entre el espacio escénico y la puesta en escena, y muestra cómo el proceso de concepción de la obra y el montaje posibilitan la capacidad de resonancia del texto; al mismo tiempo, analiza la función de la escenografía, la iluminación y la actuación del grupo. Hacia el final, hace un balance de la puesta:

Es precisamente esa mezcla de realismo actoral extremo con elementos dislocados (posible eco del grotesco argentino), con variaciones en el uso de los decorados, realista a veces, funcional en otras, con una iluminación descarnada y la ausencia total de efectos de sonido o musicales lo que hace que la representación no sea fácil de asir. Los espectadores oscilan entre interpretaciones absurdas, grotescas y posmodernas, aunque quizás sea precisamente la fusión y la mezcla de estilos lo que le da a la obra su sello distintivo. En el fondo esta es una obra de omisiones, que se dan a nivel de la acción con la ausencia del padre (de los padres en realidad), del concepto más rancio de familia, del pasado que es mejor silenciar, de las motivaciones de cada personaje, y que a nivel estilístico y estructural, se manifiestan en la omisión de un estilo rector que jerarquice las técnicas y procedimientos teatrales, lo que hace maleable tanto la representación como la recepción de la misma. De ahí su riqueza y su repercusión. Implosionan así tanto la familia como las maneras de captación de los espectadores (147-151).

Adriana Libonati escribió su artículo “La corrupción inconsciente” unos meses después del estreno de la obra, ya que en él nos indica que Timbre 4 es uno de los nuevos espacios teatrales de Buenos Aires donde se está representando “con mucho éxito” la pieza de Tolcachir. Señala también que el espacio de representación utiliza los recursos del ambiente teatral real (escalera, baño, puertas, ventana), puesto que la pieza se estrena en el apartamento del propio director. Con respecto a las actuaciones señala lo siguiente:

Una galería de buenas actuaciones es la que nos entrega este grupo que indudablemente funciona como tal, porque existe un dise-

ño casi amoroso en la construcción de los personajes, consiguiendo con sus gestos, voces y acciones, una puesta enérgica y móvil donde el interés no decae nunca. Se nota compromiso y dedicación en cada uno de los actores y por momentos las composiciones de las secuencias conmueven con una verosimilitud para nada maniquea. Hay verdaderas cúspides de actuación como son los casos de Ellen Wolf que nos muestra a una abuela comprensiva pero cómplice, o de Miriam Odorico que nos deleita con esa madre infantil, abusadora y corrupta sin hacerle perder una ingenuidad irresponsable, o la gracia con la que Lautaro Perotti nos entrega a su Mario, un personaje de báscula entre la debilidad mental y una erudición autista, la vida de un díscolo que será desamparado (77).

Y termina:

Son muchos los momentos en que las acciones de los personajes consiguen risas del público, quizás identificado o sorprendido, o tal vez con la risa amarga de nuestro grotesco; lo importante es que, sin hacerlo evidente y con una acidez intencional adulta, se consigue componer entre las carencias familiares y las necesidades de subsistencia, una alegoría sobre la corrupción como pocas veces hemos visto (77).

La mayoría de las reseñas -por lo general bastante extensas- hacen hincapié en los orígenes del grupo, tal vez por lo inusual de sus inicios, en el apartamento -convertido en laboratorio teatral-, donde tuvo lugar el estreno, en la composición de los personajes, así como la naturalidad y excelencia de la actuación. Quizás, Alejandra Costamagna, en el diario *La Nación* (Chile), en su artículo “La descompuesta familia Coleman, lo mejor de Santiago a Mil”, resume el secreto del éxito de este grupo:

La omisión de la familia Coleman, prueba que el teatro (este teatro, esta compañía tan bien curtida por Claudio Tolcachir) puede encontrar un nuevo camino dentro de las mismas rutas convencionales cuando ya está demasiado gastado el recurso de la experimentación o cuando un autor estima que ha tocado fondo o que, por el contrario, no ha llegado aún a ese fondo necesario que está ahí, rozándolo, en el límite de algo no visitado. Siempre es posible volver a la raíz para replantearla, parece decir Tolcachir. Sacudir, remover con humor y llevar al extremo algo que ya existía (y que de

tan gastado parecía muerto). Buscar el sentido velado; abrir nuevas tendencias. Eso es lo que consigue esta familia tan pero tan rara. Tan pero tan graciosa y dramática (<http://www.lanacion.cl/prontus_noticias_v2/site/artic/20080108/pags/20080108185617.html>).

La obra se desarrolla en una simultaneidad de acciones que requieren un alto nivel de conexión y de registro entre los actores, que tiene mucho que ver con la construcción de los personajes, con la manera de contar la historia y con el sentido del ritmo. No es casual que *La omisión de la familia Coleman* haya tenido tanto éxito; la excelencia del texto, la interpretación y el montaje lo han hecho acreedor de importantes premios en todas las categorías, de los que indudablemente autor y actores son merecedores.

Miguel Ángel Giella
Universidad de Carleton

BIBLIOGRAFÍA

- Costamagna, Alejandra. "La descompuesta familia Coleman, lo mejor de Santiago a Mil". *La Nación*. 9 de enero de 2008. <http://www.lanacion.cl/prontus_noticias_v2/site/artic/20080108/pags/20080108185617.html>.
- Fontana, Juan Carlos. "El absurdo y un nuevo grotesco definen 'La omisión de la familia Coleman'". *La Prensa*. <<http://www.laprensa.com.ar>>.
- Libonati, Adriana. "La corrupción inconsciente". *Teatro XXI XII*. 22 (2006): 77.
- Miranda, Javier. "Familias disfuncionales". *Diario de Cádiz* 19 de octubre de 2007: 58.
- "Obra argentina 'Tercer Cuerpo' pasa al Teatro de la U. Católica". United Press Internacional, Chile 21 de enero de 2009.
- Ordóñez, Marcos. "La lección de Tolcachir (y familia)". *El País* 22 de noviembre de 2008: 22.
- Prieto, Carolina. "La maldita familia. Un clan desquiciado, entre el humor y el desamparo". *Página 12*. 5 de diciembre de 2005. <<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2675-2005-12-05.html>>.

Ramos Escobar, José Luis. "La omisión de la familia Coleman: implosión magistral". *Gestos* 23. 45 (2008): 147-151.

Santillán, Juan José. "La omisión de la familia Coleman, de Claudio Tolcachir, es el retrato de un grupo de identidad trunca". *Clarín*. 28-11-2005. <<http://www.clarin.com/diario/2005/11/28/espectaculos/c-00501.htm>>.

_____. y Durán, Ana. "Todos pierden". *Funámbulos-La revista*. 1 de marzo de 2008. <http://www.funambulos.com.ar/todos_pierden.htm>.

Tolcachir, Claudio. *La omisión de la familia Coleman*. Buenos Aires: Edit. Distal, 2006.